BIBLIOTECA MARCEL·LÍ DOMINGO
Recull de premsa local i comarcal

LA PRIMERA SANTA MISA

Nuestros amores y pensamientos por Ntra. Sra. de la Cinta

por LLRONET

A los que, escondidos en los montes de la margen derecha del Ebro aguardábamos el momento de nuestra salvación con la llegada de las heroicas tropas de uno de los más gloriosos Caudillos que ha contado España desde los tiempos del reinado de Isabel y Fernando, llegaban noticias de la contundente derrota sufrida por los ejércitos rojos en Teruel, y del rápido avance de los Tercios de Requetés, Banderas de Falange y de la auténtica Infantería española por los montes turolenses y llanuras de Castellón en dirección de las amadas tierras tarraconenses. Las horas nos parecían años y los días siglos.

Unas avanzadas de fugitivos de los ejércitos de los sin Dios y sin Patria derrotados en Teruel, en Morella, en Vinaroz y en otros tantos pueblos de las provincias hermanas en que intentaron resistir, nos dieron a comprender de la proximidad de los soldados del Generalísimo Franco. El pecho se habría cada vez más a la esperanza de la más grande ilusión de nuestra vida: el poder contemplar y besar nuevamente la bendita bandera rojo y gualda, símbolo de nuestra redención y grandeza. Unos potentes cañonazos y fragor de pelea, acompañados de rabioso tableteo de ametralladoras y fusilería por los próximos montes de Caro y de las villas de Cherta y Mas de Barberans, nos confirmaron durante los días 15, 16 y 17 de abril, la proximidad de nuestra liberación y de que los heróicos soldados de Cristo y de España pisaban ya tierra de esta amada provincia tarraconense, salvándola de las garras de la sádica soldadesca de Negrín, comandada por los sanguinarios Lister y el Campesino. ¡Nuestras desdichas y persecuciones tocaban a su fin! ¡Nuestro calvario de incontables dolores y martirios sufridos durante veintidós meses, estaban a punto de terminar! ¡Las tropas del invicto Franco, mandadas por los más valerosos e intrépidos oficiales de «la mejor y más valiente infantería del mundo», como dijo el Canciller Bismark, estaban acercándose a las puertas de nuestra cárcel, puesto que no otra cosa eran los pedazos de tierra que agarrotaban los más descastados presidiarios de todas las nacionalidades que formaban las brigadas internacionales que habían asaltado el querido suelo de España en confabulación con toda la hez del sindicalismo, del comunismo, del socialismo y del republicanismo español!

Con un sol brillante y esplendoroso amaneció el imborrable e imperecedero 18 de abril de 1938. ¡Día de nuestra resurrección! Fecha histórica para las riberas de la margen derecha del Ebro y para nuestra muy amada ciudad. ¡Despertamos aún en el campo rojo, y como durante seiscientos sesenta y dos días —¡cómo se cuentan los días cuando se está inocentemente encerrado en una ergástula!—, con el corazón oprimido y el espíritu anhelante, y nos acostamos tranquilos y confiados —lo que no habíamos hecho durante veintidós meses— porque sabíamos velaban ya nuestro sueño los centinelas de la verdadera libertad, y porque sobre el techo en el que descansaba nuestra vil materia moral —tan necesitada de reposo— flotaba la inmaculada bandera rojo y gualda, la gloriosa bandera española, tan amada cuan esperada, para bendecirla y besarla, desde que en 1931 la ofendieron, mancillaron y arrinconaron unos malos españoles, y más amada y esperada —particularmente por los que quedamos aprisionados en territorio rojo— desde que en el histórico 18 de julio de 1936 flotó de nuevo al viento precediendo a la reconquista espiritual y patria de todos los ciudadanos y tierras, pueblos, villas y ciudades españolas!

¿Para qué describir las escenas que contemplamos en la jornada del 18 de abril de 1938, efemérides histórica en que las columnas del Caudillo llegaban al milenario y españolísimo Ebro? Cada una de estas escenas bien merecían un capítulo aparte. Los vítores, las lágrimas, la alegría por su redención de tantos millares de ciudadanos, y el último combate librado durante dos horas —desde las cuatro y media a las seis y media de la tarde— entre las avanzadas del Ejército nacional y la retaguardia de los enemigos de la fe y de España en las montañas e inmediaciones de la pedanía de Vinallop, hizo que viviéramos la jornada más emotiva e histórica de nuestra existencia. ¡Había comenzado la liberación de nuestra comarca! ¡Había comenzado la reconquista de las tierras de Tortosa para España! ¡Estábamos salvados! ¡Éramos ya ciudadanos libres! ¡Estábamos de nuevo entre la civilización y la cultura! ¡Loado Dios y Franco por tan divina gracia y excelsa merced!

* * *

El día 23 de abril 1938 puede considerarse, en los anales de la fe de los tortosinos, como el día más glorioso y feliz, después de la persecución que sufrieran nuestras creencias religiosas, nuestra bandera rojo y gualda y nuestro enfervorizador himno nacional. Fué este día el en que por primera vez, después de ocho años en que fué arriada y arrinconada por los antipatrióticos la enseña patria que durante tantos siglos los pueblos todos del mundo veneraron, acataron y admiraron; fué en este día en que las vibrantes notas del himno nacional, sustituídas por las de las charangas de un himno extranjero, durante el largo período de desgobierno; fué en este día, después de dos años de sacrílega expoliación, incendio y destrucción de Nuestra Santa Madre la Iglesia y supresión de los Divinos Oficios; fué en este día de 23 de abril de 1938, cuando por primera vez en la tierra tortosina se reunieron los símbolos más gloriosos y sagrados para todo católico, para todo patriota, para todo español, en *actuación* oficial.

Por eso nos satisfacemos en proclamarlo, para constancia en los anales de la historia de la catolicidad de nuestra ciudad. Fué en la pedanía tortosina de Vinallop, barriada situada a tres kilómetros de nuestra ciudad, donde por primera vez después de los trágicos episodios vividos en los largos meses de persecución de la religión católica y de los largos años de vejámenes inferidos a los inmaculados símbolos de España, pudimos los amantes de la religión y de la patria experimentar las inefables dulzuras que brindan los amores de los más sacroantos postulados.

En la plaza mayor de la citada pedanía fué levantada la Sagrada Mesa en la que un capellán castrense había de celebrar el Santo Sacrificio de la Misa. Mesa convertida en altarcito, engalanada con banderas y gallardetes de los colores nacionales. Guirnaldas de tempranas flores daban mayor realce y prestancia al ambiente en cuyo lugar íbamos a asistir a la ceremonia más ansiada por los que nos hemos educado en las doctrinas del Redentor... En la orilla izquierda del Ebro, a dos kilómetros del lugar en que se celebraba el acto que es objeto de nuestra glosa, rugían desesperadamente, por las derrotas sufridas, los cañones de los ejércitos de los sin religión y sin patria. ¡Contraste que jamás olvidaremos cuantos lo vivimos!

En la plazoleta de la pedanía de Vinallop, en su altarcito, el Señor de los Cielos, mares y tierra, extendiendo sus brazos, brindando amor y perdón para todos los hombres. En la margen izquierda del Ebro, los hijos del infierno pregonando odio y exterminio, lanzando bocanadas de pólvora y metralla para esparcir el dolor y la muerte... En la pedanía de Vinallop, cantándose las excelencias de la Virtud y de la Serenidad; en la izquierda del Ebro, revolviéndose en la desesperación y en el desenfreno...

El alegre voltear de una campana salvada de la voráginе marxista invita a los creyentes, a las once de la mañana, a congregarnos en la ya, para nosotros, histórica plazoleta, para asistir por primera vez, después de veintidós meses, al Santo Sacrificio de la Misa. La plazoleta, con todo y su espaciosidad, se hizo insuficiente para dar cabida a la ingente multitud de devotos ávidos de entonar sus alabanzas al Señor por la gracia que les había dispensado de haberse salvado de la vesania roja y hallarse ya en puerto de salvación, cobijados bajo los gloriosos pliegues de la enseña nacional. Un capellán castrense, *Pater* de una de las divisiones liberadoras, es el celebrante. ¡Jamás presenciamos mayor unción y fervor de una multitud! Sólo el siseo de la musitación de las oraciones interrumpe la serenidad emotiva de tan solemne acto... Cerca, muy cerca, continúa rugiendo el cañón de los incrédulos que intentan, seguramente, afinar la puntería hacia la plazoleta donde el Señor está recibiendo la gratitud de sus hijos muy amados. Por los alrededores caen bastantes proyectiles y granadas. Parece que algunas van a hacer blanco entre los asistentes, y, no obstante, nadie se inmuta, nadie se conmueve, nadie se mueve. ¡Saben que el Señor está velando por ellos en aquellos sublimes instantes!

De pronto, nos saca de nuestro fervoroso ensimismamiento las vibrantes notas de la Marcha Real, interpretada por la Banda de Música de un Regimiento liberador asistente al trascendentalísimo acto. El sacerdote está en el momento sublime de la Consagración... La inmensa multitud postra las dos rodillas en el suelo, sus frentes casi tocan la tierra, sagrada para todos en aquellos momentos. ¡No olvidaremos jamás tales instantes! En alto el sagrado Cáliz por el sacerdote, las banderas rojo y gualda flotando gallardamente a la rosa de los vientos, las vibrantes notas del Himno Nacional... Los cañonazos de los marxistas, asociándose a la solemnidad tributando salvas al Señor... ¡Jamás se apartarán de nuestra mente momentos tan sublimes! De centenares de ojos se escapaban las lágrimas que, como perlas, se ofrendaban al Señor, a Franco y a sus heroicas tropas, por su redención, por su salvación, por su resurrección...

Volvíamos a sentirnos fuertes, dichosos, felices. Disfrutábamos ya del consuelo de la religión; estaban ya allí, para defendernos, para velar por nosotros, los soldados de España; estaba ya allí, desafiando gallardamente a nuestros perseguidores, la bendita bandera que en el transcurso de los tiempos a tantos de nuestros enemigos contemplé humillados y vencidos bajo sus pliegues.

Y para fortalecer mucho más su espíritu, fueron centenares los que se acercaron a la Sagrada Mesa para recibir el Pan de los Angeles, Manjar celestial que desde hacía tantos meses, que nos semejaban siglos, no habíamos podido recibir por la sádica vesania de los que aherrojaban las libertades ciudadanas.

¡Memorable, imperecedera, la jornada católica y patriótica del día 23 de abril de 1938, para todos los hijos de la Virgen de la Cinta, porque ella marcó en los anales de la historia de nuestra ciudad la liberación de nuestros espíritus y de nuestra ciudadanía!

¡La Primera Santa Misa; la primera vez que nuestros corazones experimentaron las dulzuras y vibrantes notas del Himno Nacional; la primera vez que nuestros ojos pudieron contemplar los colores y la gallardía de nuestra invicta bandera..., después de tantos años de dolores, de tragedia y de perfidia; después de sufrir cruento calvario y contemplar tanta ruina, tanto crimen, tanta sangre... mientras de nuestros pechos se nos escapan un vibrante ¡Salve, Madre; Salve, Reina y Señora de la Cinta, Salve!

Anotad, historiadores de nuestras glorias; anotad, glosadores de nuestras grandezas; anotad, tortosinos todos, la fecha del 23 de abril de 1938. Ella nos dice de la efemérides más sublime de los tiempos modernos; de nuestro resurgir espiritual, moral y cívico.

Font: biblioteca.tortosa.cat